

CUIDADOS Y AUTODEFENSA COMUNITARIA

Igor Ahedo Gurrutxaga e Imanol Telleria

Departamento de Ciencia Política y de la Administración

Universidad del País Vasco - Euskal Herriko Unibertsitatea

Igor.ahedo@ehu.eus – Imanol.telleria@ehu.eus

Resumen

El objeto de este trabajo es presentar un acercamiento a lo urbano a partir de las potencialidades, pero también debilidades a las que se enfrentan nuestras ciudades. Comenzaremos señalando la contradictoria realidad de lo urbano en nuestros tiempos, entendido como espacio para la potencia de la agencia vecinal, pero también poca expresión de la potestas institucional. Tras detallar los procesos de desvertebración urbana y comunitaria a los que nos enfrentamos en el marco de la globalización, y tras contextualizar este escenario en un contexto de incertidumbre que sirve de caldo de cultivo para posiciones reactivas, nos acercaremos a los cuidados comunitarios como posible estrategia a activar en clave participativa para recrear las redes comunitarias debilitadas, apoyados en los resultados de una investigación participativa que se concreta en un diagnóstico de diversidad y vulnerabilidad de un municipio guipuzkoano caracterizado por un contexto de colapso del modelo industrial y de crisis. Veremos cómo la transversalidad de los dolores permite identificar retos (frustración, perjuicio, falta de expectativas...) que pueden ser abordados en clave participativa aunando la responsabilidad institucional con la ciudadana. Así, el trabajo por el cuidado comunitario, junto con las estrategias de vertebración e igualación) emerge como una oportunidad para la redefinición de las políticas públicas en clave participativa.

Palabras clave: Ciudad – Participación – Desarrollo comunitario - Cuidados

CUIDADOS Y AUTODEFENSA COMUNITARIA

El análisis de lo urbano nunca puede abstraerse de lo social y, en consecuencia, de lo político. Así, de los primeros asentamientos propiciados por el descubrimiento de la agricultura, pasando por las primeras civilizaciones, las ciudades estado, las ciudades medievales y las ciudades industriales, hasta llegar a las ciudades actuales, lo urbano ha sido el marco de expresión de lo social, y en consecuencia, el escenario de desigualdades, conflictos y luchas por el poder y la legitimidad. Pero también ha sido un instrumento al servicio de lo político, especialmente con el advenimiento de la modernidad. Algo que ejemplifica la reforma encargada por Napoleon III, en la que Haussmann, además de buscar una adaptación a la nueva realidad (marcada por la llegada masiva de personas del campo en el contexto de la industrialización), pone lo urbano al servicio del control social, en este caso a través del diseño y trazado de grandes avenidas que limitasen espacios al margen de la vigilancia policial en caso de movilización obrera.

Así pues, la estrecha relación existente entre las ciencias sociales y los estudios sobre la ciudad está presente ya en los trabajos de Robert Park y Ernest Burgess en 1925. Pero si se busca fijar un momento en el que los estudios urbanos tomen verdadera fuerza, este se encuentra en la publicación de *El derecho a la ciudad* de Henri Lefebvre en 1969. Desde ese momento, y en consonancia con el espíritu crítico que impregna a los estudios sociales en Europa, el acercamiento a lo urbano se centra en la preocupación por democratizar las ciudades, garantizando los derechos para todas las personas. Algo ajustado a un contexto en el que emergen con fuerza los movimientos vecinales, en consonancia con la implosión de los Nuevos Movimientos Sociales de la década de los 60. Así, además de lo espacial, se añade al estudio de la ciudad la agencia, de la mano de trabajos como los de Borja (1975) o Castells (1986). Posteriormente, tras las crisis industriales que arruinan y degradan algunas ciudades en reconversión, despierta un nuevo ciclo de análisis que se ajusta a los vertiginosos cambios dependientes del capital financiero, los procesos de globalización, la aparición de la sociedad de la información o del conocimiento, o las nuevas formas urbanas expansivas. Se generan así, como resume Lekue (2018) nuevas teorías entorno a las ciudades: desde la ciudad global (Sassen, 2005) a la ciudad informacional (Castells, 1997), pasando por ideópolis (Jones et al., 2006), la ciudad fragmentada o postsuburbia (Kling et al., 1995), entre otras. En paralelo, surge la necesidad de teorizar los conceptos de espacio público, espacio urbano, espacio privado e incluso, el de no-lugar (Delgado, 1999; Augè 2000; Borja y Muxì, 2000; Delgado, 2015). Finalmente, desde una perspectiva más normativa, de acuerdo con Lekue (2018) o Ureta (2017), el análisis y la teorización reciente va más allá de la simple reflexión sobre los derechos de la ciudadanía o las tendencias hacia las que evolucionan las ciudades actuales, para centrarse en los múltiples efectos que tiene la producción y uso del espacio público. Un concepto este, que se teoriza como nexo para la convivencia en armonía (como veremos desde o al margen del conflicto) de diferentes comunidades, grupos e individualidades, donde los derechos a la ciudad son (o no, como veremos) respetados y la democracia busca (aunque no siempre lo logra) ser lo más participada posible. A día de hoy, en consecuencia, los estudios combinan los conceptos como espacio público, ciudad y democracia; conceptos todos ellos que articulan nuestro acercamiento.

1. PODER, POTENCIA Y PARTICIPACION

A la hora de enfocar el planteamiento que seguiremos en las próximas líneas, nos detendremos en cada uno de los tres ejes que actualmente vertebran los estudios de lo urbano. Veremos, así, la imagen contradictoria de la ciudad como espacio de poder, pero también de potencia.

- Como espacio del **poder**, de la mano de las reflexiones de Manolo Delgado sobre la estrategia privatizadora de lo público que descansa a la transformación urbana en el marco de la hegemonía neoliberal. Gracias, veremos, a la utilización del espacio público desde una perspectiva que él define como ideológica
- A la inversa, y en contradicción, como una segunda cara de la misma moneda, nos acercaremos a lo urbano como espacio de **potencia** a partir de las propuestas del nuevo municipalismo estudiadas por la escuela catalana del IGOP, en las que la repolitización es clave en el espacio local.

Por ello, propondremos una síntesis a este acercamiento contradictorio, asentado en la profundización de los procesos participativos como mecanismo que permitiría superar la lógica de lo urbano como *potestas*, posibilitando una repolitización del espacio público que permita reinterpretarlo en clave comunitaria. Así, se apuesta por un acercamiento a lo urbano

asentada en la activación ciudadana de redes comunitarias como vacuna contra los riesgos del populismo de extrema derecha que ancla sus raíces en una incertidumbre que se alimenta de la creciente individualidad provocada por la lógica neoliberal.

Para encarar esta última tarea, nos apoyaremos en una reciente investigación realizada en una ciudad vasca (Gipuzkoa, 10000 habitantes) que puede ser representativa de muchas otras ciudades y barrios de origen industrial que asisten con incertidumbre al fin de un modelo, sin que aparentemente exista un recambio adaptado a la realidad actual. Esta investigación nos dará pistas sobre los fantasmas que acechan lo urbano, y nos permitirá encontrar una salida que aúne la lógica de la *potestas* institucional y la de la potencia de lo movimentista. Comencemos, pues, a adentrarnos en la primera parte de este acercamiento que articulado por la lógica dialéctica

1.1. Tesis: La ciudad como *potestas*; el poder institucional

Son muchos los acercamientos a lo urbano, asociados, en la mayor parte de los casos, a las transformaciones socioeconómicas y territoriales: la globalización en el caso de Sassen, lo informacional para Castells, los cambios socioeconómicos para Mollenkopf, por ejemplo. Pero, de entre todos, destaca Soja, quien pone el acento en las nuevas formas que adopta lo urbano a partir del concepto de post-metrópolis. Un fenómeno caracterizado por una serie de elementos: lógica post-fordista, afección de la globalización en lo urbano, conformación de espacios urbanos “de frontera” (no lugares, lugares dormitorio, espacios urbanos de conexión), normalización de las desigualdades sociales, introducción de lógicas “carcelarias” en lo urbano (para garantizar la seguridad) y también, finalmente, transformación del imaginario de la ciudad en la mente de sus habitantes, caracterizado en muchos casos por la conformación de sus habitantes como “usuarios” y no ciudadanos/as activas.

Así las cosas, la postmetrópolis de Soja parece alejarse del ideal reivindicado hasta fechas recientes respecto del papel que debía jugar el “espacio público”. Concretamente, para Borja y Muxi (2003), siguiendo la tradición iniciada por Castells, este concepto estaba en el centro de los grandes desafíos de las ciudades. Así, estos autores entendían el espacio público como algo que estaba más allá de lo definido por lo construido y lo no construido, ya que el espacio público “es y debe ser” reflejo del día a día existente en las sociedades. Es por ello que es lugar de “*expresión colectiva, vida comunitaria, encuentros e intercambios cotidianos*” (ibid. 41). El derecho a la ciudad que reivindican, entonces, obliga a que todos los elementos de la ciudad (desde bloques de viviendas, pasando por centros comerciales, hasta plazas y parques), deban ser accesibles para todas las personas. Además, el espacio público es espacio cotidiano, es espacio de confrontación, de conflicto y de grandes manifestaciones públicas; es el espacio de la potencia, solo recientemente domesticado por la *potestas*. En consecuencia, si no se garantizan espacios para la protesta o se vuelven inaccesibles, no se estará garantizando el derecho a la ciudad, en su perspectiva.

Finalmente, el espacio público supone un desafío cultural, y para que un espacio público sea cultural o comprometido con la historia o la cultura de una sociedad, requiere de connotaciones transversales y populares que representen valores comunes. En consecuencia, según cómo se afronten estos desafíos, la calidad de los espacios urbanos, así como la de la democracia, será mayor. De esta manera, en la perspectiva optimista de Borja y Muxi (2003), la calidad del espacio público se podrá evaluar sobre todo por la intensidad y la calidad de las relaciones sociales que se facilitan en él, por su capacidad de acoger y mezclar distintos grupos y comportamientos, y por su capacidad de estimular la identificación simbólica, la expresión y la integración de diferentes culturas.

El problema es que, tal y como plantea Telleria (2012) de acuerdo con los postulados de Soja, actualmente asistimos a una creciente pérdida de importancia del papel que se presupone que debía jugar el espacio público como consecuencia de la acción combinada de 4 factores: la creciente importancia de los no-lugares, el incremento del control social en la ciudad, la supremacía del modelo de consumo, y la fragmentación de lo urbano. De todos estos elementos, uno de los más visibles, señala Telleria, es la creciente privatización del espacio público. Y en esta lógica, de acuerdo con Delgado (2011) el actual modelo material y formal de gestión de la ciudad neoliberal, se acompaña de un discurso ideológico ciudadanista que cierra el círculo de la despolitización-repolitización urbana. Despolitización porque este discurso transforma la calle (antes conflictiva, plural, creativa... por definición) en un espacio público que invisibiliza el conflicto, niega la pluralidad de lo que no se considera una *“buena práctica ciudadana”* y anula la creatividad vecinal con programas teledirigidos de pasividad, cuyo ejemplo paradigmático son los *“asientos autistas”*, separados entre sí, que permiten al buen ciudadano descansar, pero no hablar, relacionarse... conspirar. Pero esta despolitización se acompaña también de una repolitización, en la que la administración regula los comportamientos, los hábitos y hasta la forma de andar en la ciudad, en nombre de *“la urbanidad, el decoro y un buen gusto que no estropee el escaparate urbano con tanto mimo diseñado”*.

Por eso, todo lo que rompe el orden, todo lo que cuestiona la apacible existencia de una ciudad de diseño, debe hacerse desaparecer en la ciudad. Como describen Delgado y Malet (2007: 2), el concepto de espacio público *“tal y como se tiende a usar en el momento actual, no se limita a ejecutar una voluntad descriptiva, sino que vehicula una fuerte connotación política. Como concepto político, espacio público quiere decir esfera de coexistencia pacífica y armoniosa de lo heterogéneo de la sociedad (...)”*. Así, en el espacio público las diferencias se ven superadas, sin quedar olvidadas ni negadas del todo, sino definidas aparte, en ese otro escenario al que llamamos privado. Un concepto, añaden Delgado y Malet (ibid, 3), que se apoya en el discurso del “ciudadanismo”, ideología preocupada por la necesidad de armonizar espacio público y capitalismo, con el objetivo de alcanzar la paz social y *“la estabilidad que permita preservar el modelo de explotación sin que los efectos negativos repercutan en su agenda de gobierno”*. En definitiva, la noción de espacio público, entendido como concreción física en la que se refleja la ilusión ciudadanista *“funcionaría como un mecanismo a través del cual la clase dominante consigue que no aparezcan como evidentes las contradicciones que la sostienen, al tiempo que obtiene también la aprobación de la clase dominada al valerse de un instrumento –el sistema político– capaz de convencer a los dominados de su neutralidad”* (ibid, 4).

1.2. Antítesis: La ciudad como potencia; el poder de la agencia

Este escenario, el escenario acabado de la *pax* urbana en la que la conflictividad se traslada al ámbito de lo privado (con efectos devastadores en la medida en que la consideración pública de los problemas se privatiza en un laberinto de soluciones individuales, no siempre satisfactorias), no tiene nada que ver con la concepción previa que se tenía del espacio público entendido como potencia, y que ahora, en las nuevas condiciones marcadas por la realidad neoliberal, se trata de reconducir.

Efectivamente, si algo caracteriza a lo urbano es su pura potencialidad para ser. La *urbs*, nos dice Delgado en escritos anteriores, es fermento de una potencia, de una “energía creativa”; en definitiva, una *“pasión constante que se agitaría de espaldas a un orden político que intenta pacificarla como puede, sin conseguirlo”* (Delgado, 1999: 193). Que intenta pacificarla, sobre todo porque, como añade Delgado, la calle también está dotada de una

dimensión deliberativa, proactiva. Y es que, *“es en la calle donde se produce en todo momento la integración de las incompatibilidades, donde se pueden llevar a cabo los más eficaces ejercicios de reflexión sobre la propia identidad, donde cobra sentido el compromiso político como consecuencia de las posibilidades de la acción y donde la movilización social permite conocer la potencia de las corrientes de simpatía y solidaridad entre extraños”* (Delgado, 1999: 208).

20 años después, en el marco de una urbe domesticada, este, el recuperar la potencia de la calle es precisamente uno de los retos a los que se enfrenta, de acuerdo con diversos autores articulados en torno al IGOP, el *nuevo municipalismo*, que otorga especial importancia a tres procesos en el ámbito local: los procesos de “politización local”, “empoderamiento municipal” y “nuevo localismo”. Como señala Ureta (2017), a partir de estos tres ejes se han venido a construir interesantes reflexiones teóricas para aplicarlas en la práctica, creando una escuela que ha supuesto un cambio sustancial en la forma de investigar la arena local en el ámbito de la Ciencia Política. Respecto a la primera de las cuestiones, Ureta señala (2017, 9) que la politización local

se produce como respuesta al hecho de que los partidos convencionales han venido a actuar a nivel local como meros ejecutores de la voluntad de las jerarquías estatales superiores. Quizá donde mejor se manifiesta el incipiente proceso de politización local es en la *“crisis de una democracia lejana (...) que ha estimulado la aparición de formas de participación alternativas y la emergencia de una nueva cultura política local”* (Brugué y Gomá, 1998: 21). Fruto de las claras manifestaciones de la presión politizadora local, la participación ciudadana se convierte en una preocupación efectiva produciéndose una revitalización y transformación del mundo municipal a favor de la profundización democrática más allá del modelo representativo y a favor de modelos más participativos.

La segunda dinámica es la del “empoderamiento local” de los ayuntamientos, que se proyecta en dos dimensiones. De una parte se tiende “hacia la ampliación de las agendas locales”. De otra hacia “el desarrollo en ellas de nuevos roles estratégicos y cualitativos” (Blanco y Gomá, 2002: 23).

Si bien es cierto que los consistorios ven limitadas y condicionadas sus competencias y sus presupuestos, también es cierto que en los últimos tiempos muchos “gobiernos locales (...) han ido conformando una agenda local, una oferta de políticas públicas, orientada a construir un cierto modelo de municipio de bienestar” (ibid.). A pesar de que las redes escolares y sanitarias, la promoción de vivienda, la formación profesional y los servicios sociales especializados no forman parte de la base competencial de los municipios, *“las agendas locales desbordaron y rebosaron a menudo sus bases competenciales y amplían sus presupuestos”* (Ibid) en espacios locales que tienden a la politización, reaccionando y anticipándose ante oportunidades y riesgos desde una visión política. Así las cosas, el empoderamiento de algunos ayuntamientos se materializa en el refuerzo de las políticas de primera generación – políticas locales, sociales, de territorio y de medio ambiente-; en las políticas innovadoras económicas, sociales y urbanas y en estrategias transversales.

Finalmente, apunta Ureta (2017, 10), el tercer proceso emergente es

el de “nuevo localismo”, que representa la aparición de *“actores locales en arenas donde se deciden e implementan políticas que afectan a los ciudadanos”* (Burgués y Gomá, 1998: 23). Así, el Ayuntamiento -desde su posición de proximidad- experimenta un reforzamiento, entendido como en el ámbito mejor situado para

conocer y dar respuesta a las demandas y a las necesidades de los ciudadanos (Subirats, 2011: 16; 2016: 10).

1.3. Síntesis: La participación ciudadana como nexo de la *potestas* y la *potencia*

A partir de este marco contradictorio (que aborda primero la ciudad como potencia, después la ciudad como expresión de la *potestas* y finalmente el nuevo municipalismo como una oportunidad de convertir el poder en potencia), la participación ciudadana asume una centralidad absoluta en la relación entre política, ciudad y ciudadanía. Telleria (2012) explica esta centralidad a partir de 4 elementos en una investigación realizada en Bilbao, Barcelona y Pamplona. En primer lugar, señala, la creciente complejidad de lo urbano explica la emergencia de lógicas de gobernanza que son asimiladas por las elites institucionales de las ciudades como forma de hacer frente, de forma más abierta, a las cambiantes y cada vez más complejas y vertiginosas realidades a las que se enfrenta lo urbano. Así, con el nuevo milenio se abre la estructura de oportunidad (Tarrow, 1997) para que los gestores de la ciudad asuman la necesidad de pasar de una lógica de gobierno asentada en un juego de suma cero, a otra más abierta a actores públicos y privados que se interpreta en clave de “suma positiva”.

Este contexto de oportunidad es aprovechado por los movimientos urbanos, quienes encuentran en la lógicas del desarrollo comunitario (y sobre todo la IAP, la Investigación Acción Participativa) una metodología que les permite ordenar sus acciones hasta ese momento cada vez más dispersas, acoplándolas a un discurso que legitima la participación como herramienta de acceso a un poder más abierto, permitiéndoles recuperar una centralidad en la política local que desde los 90 hasta esas fechas había sido cada vez más marginal. En este sentido, el marco maestro que reclama la democratización de las ciudades a través de la participación es asumido también por las instituciones, necesitadas de legitimación en el contexto de recorte de las políticas del bienestar. Así, confluye tanto en la expresión de la *potestas* (las instituciones locales) como en la de la *potencia* (los movimientos urbanos) un discurso favorable a la participación. En consecuencia, como señalábamos en Ahedo y Telleria (2016, 109)

parecería que los movimientos urbanos están adaptándose a los cambios en las ciudades, los modos de gobierno y la acción colectiva, aprovechando las oportunidades que se abren con la gobernanza, apoyados en el marco maestro de la democracia participativa y en formas organizativas horizontales y reticulares, para ordenar y dotar de contenido sus repertorios a través de una táctica, la del desarrollo comunitario, que se ajusta a una estrategia defensiva orientada al refortalecimiento de la sociedad civil, así como a una estrategia de influencia que pretende aumentar su incidencia en la gestión democrática de las ciudades. El hecho de que la metodología comunitaria se ajuste a las fases de las políticas pública, en paralelo, facilita una confluencia entre los responsables institucionales y el movimiento urbano, capaz de generar nuevas prácticas de democratización de la ciudad que se difunden en otros entornos locales, ayudando a otros movimientos urbanos a exigir la apertura de redes de gobernanza en unos casos, o a implementar ellos mismos esta táctica allá donde las oportunidades están cerradas.

Una oportunidad de participación asentada en la colaboración entre el tejido asociativo e institucional que se debe asentar en la vertebración comunitaria adaptada a las claves del mundo actual y que puede ser el único mecanismo generador de seguridad colectiva que haga frente a los cantos de sirena de un populismo de extrema derecha que se alimenta de la creciente incertidumbre e individuación comunitaria. Así, la apuesta por el trabajo en red

entre los colectivos representativos hasta fechas recientes de la *potestas* (instituciones liberales) y la potencia (movimientos urbanos) se presenta como una oportunidad aunar intereses democráticos en defensa de la comunidad en clave inclusiva.

2. EN DEFENSA DE LA COMUNIDAD

Así, pues, la participación ciudadana puede ser una oportunidad para redefinir la relación entre el poder institucional y la potencia social en el marco de la ciudad. Pero ¿cómo hacerlo? Un buen punto de partida podría ser el aprovechar la memoria colectiva, alineando los marcos de intervención actuales a los que resuenan en la conciencia de las personas. Así, tanto en espacios rurales como industriales, en Euskal Herria contamos con un “lugar de la memoria”, el “*auzolan*”, que si pudiéramos redefinir, quizá nos permitieran explorar nuevos caminos para hacer frente a las incertidumbres de nuestros tiempos.

Comencemos, en consecuencia, situando este lugar de la memoria en el presente, para después mirar de frente y sin maquillaje a la realidad a la que nos enfrentamos. Porque, todos los indicadores apuntan a que el momento actual es un momento de cruce y polarización en la que la forma en la que se aborde la diversidad (y este es uno de los elementos definitorios del mundo actual, también en el espacio urbano) va a ser determinante para definir el futuro en claves democráticas o excluyentes. Algo que puede ocurrir también en nuestra tierra que, dicho sea de paso, no tiene un “gen especial” que la haga inmune a fenómenos que se reproducen a escala planetaria. Dicho de otra forma, de lo que hagamos o no hagamos los próximos años dependerá que las ciudades del futuro se sigan planteando como espacios de convivencia comunitaria o como espacios de confrontación de identidades. Y en este segundo escenario, tanto las instituciones liberales como los movimientos sociales, tiene todo por perder. Comencemos, pues, contextualizando las formas en las que readaptar la memoria colectiva a la realidad, antes de describir ésta con toda su crudeza.

2.1. En defensa de la comunidad: El *auzolan* 2.0

Una forma de ver cómo las lógicas comunitarias, económicas, sociales y políticas varían a lo largo de la historia es apoyarnos en un ejemplo. Y dado que la apuesta participativa que defendemos entiende que el trabajo a favor de la diversidad debe hacerse desde claves comunitarias, nos detendremos en la forma en la que se ha transformado en el tiempo el concepto de *Auzolan*.

A lo largo de la historia se pueden identificar cuatro grandes modelos de organización de lo social. Del primero apenas conocemos nada. Estamos hablando de sociedades previas al descubrimiento de la agricultura que podemos inferir que se caracterizaban por formas de subsistencia precarias que obligaban una gran cooperación. Sí tenemos más datos respecto de la sociedad tradicional, que en nuestra tierra podríamos identificar con el icono del *baserri*. Se trata, ésta, de una sociedad ligada a la tierra, con un gran poder de lo comunitario, en la que esta comunidad define el lugar que cada persona ocupa en las relaciones sociales. Son sociedades con débiles estructuras políticas que, en consecuencia, obligan a una potente vertebración comunitaria que permite a las personas resolver sus problemas colectivos. Probablemente, el origen del *auzolan* ancle sus raíces en este periodo en el que *auzo* se vincula al sentido de pertenencia y *lan* a la tierra. La unión de ambos, comunidad y tierra, viene de la mano de un *baserri* que es el referente simbólico de la pertenencia de la familia a la comunidad y de la relación del pueblo vasco con la tierra. Ni qué decir tiene que en este

contexto, la práctica del *auzolan* está cargada de un potente contenido simbólico positivo y normativo (que implica la obligación moral de colaborar).

Desde este sustrato, en la modernidad se retoma el *auzolan*, aunque las claves originarias se transforman. Cuando hablamos de modernidad estamos hablando de un periodo en el que el individuo emerge, sin renegar de la comunidad, considerándose dueño de su destino. Por eso la modernidad es la época de las revoluciones: primero las liberales, con la Revolución Francesa; luego las socialistas, con la Comuna de París o la Revolución Rusa. Los valores que guían la acción colectiva en este periodo, que alcanza su máxima expresión en nuestras tierras en los años 60/70, son los de la seguridad y la subsistencia. Estamos hablando de un periodo en el que los niños y las niñas mueren tropellados por camiones o ahogados en charcas en nuestros barrios (como recuerda el *Libro negro de Rekalde* en 1975), en el que no hay educación o sanidad pública, en el que no hay aceras, servicios sociales. Es un contexto de vida o muerte que alimenta potentes identidades locales y poderosas ideologías. Es el tiempo en el que quien está al lado, en la fábrica, en el barrio, en el municipio, es “compañero” o “compañera”. Y lo es para toda la vida. En este periodo, *auzo* está cargado de valores positivos, es la expresión territorial de fraternidad (revolucionaria) que aspira a horizontes potentes como el de la igualdad o la libertad. Además, si el icono de la sociedad tradicional es el *baserri*, el de la sociedad moderna es la fábrica. *Lana* tiene un carga negativa en este momento, porque la fábrica es el lugar de la explotación (y la casa lo es en las mujeres). Pero tiene un componente positivo, porque sobre todo en el caso de los hombres, el trabajo articula su identidad, es la base de la fraternidad, del *auzo* como “comunidad sufriente” que aspira a la utopía.

Pero la imagen de los obreros saliendo como un cuerpo compacto de la fábrica (representada gráficamente en el cuadro “El cuarto estado” de Guiseppe Pellizza) es impensable en nuestros días. Si miramos a los colgadores de las ventanas ya no vemos el azul de los pantalones de mahón, sino el crisol multicolor de miles de formas diferentes de vestir. La sociedad actual ya no es la sociedad de la fábrica: es la sociedad de la globalización, del Kursaal o el Guggenheim, de Puppy y Rocadragón. Los valores sobre los que las personas articulan su pertenencia ya no son los valores duros de la modernidad, sino otros valores, postmateriales, en los que se prima el ser reconocido y reconocida. La lógica ya no es (todavía no es otra vez) de vida o muerte, sino de la reivindicación del *self* que demanda el derecho a ser tal y como es. Esta época tiene un componente creciente de individualismo, porque ahora el sujeto, cada persona, se reivindica diferente, no se reconoce en la masa homogénea del “Cuarto Estado”. El pantalón de mahón se usa en las fiestas, pero cada persona, especialmente las personas jóvenes, trata de hacerse visible en su diferencialidad (estética, musical, de ocio, de consumo). Normalmente, se considera que estos tiempos (en los que el concepto de “compañero o compañera”, “camarada” ya no se usa) son peores. Bauman dice que la “fraternidad” de la modernidad se ha transformado en “red” en la sociedad líquida. Las relaciones no son para siempre, como antaño. Ahora basta con un *click* para agregar o desagregar a un “amigo” (de facebook). Sin embargo, esta época también tienen sus potencialidades. Por ejemplo, esta lógica más líquida, menos contundente, hace que sea más fácil atraer a nuevas personas si lo que se pide no es un compromiso de por vida. Dicho de otra forma, si bien ahora es más fácil que personas antes comprometidas abandonen sus responsabilidades, también es cierto que ahora es más fácil atraer a personas que antes no estaban convencidas. El que se queden y sigan trabajando, dependerá en gran parte de lo que les ofrezcamos.

Por eso, la lógica del *auzolan* 2.0 no puede asentarse en dolores colectivos, sino que debe partir de una seducción que nace de los dolores particulares. Del “*Me*” que se concreta en vivencias parciales, problemáticas puntuales, al “*too*” que unifica estas en lógicas

compartidas. Pronto veremos cómo los cuidados puede ser ese máximo común múltiplo que vertebrar la mirada de mínimos comunes denominadores que parcializan los dolores en sectores, razas, géneros, barrios en el marco de una realidad urbana cada vez más fragmentada a la par que sufriente.

2.2. En defensa de la democracia: puentes frente a trincheras

Junto a este elemento que nos define los límites de la vertebración comunitaria en nuestros tiempos, se debe hacer notar cómo de acuerdo con Manuel Castells (2000), la lógica de la globalización ha transformado la forma de abordar el poder. El sociólogo catalán señala que la identidad clásica de la modernidad ha sido la de legitimación del *statu quo*. Se trata de la identidad en la que ha descansado el poder de los partidos tradicionales, iglesias y sindicatos. Señala, no obstante, que los cambios en la soberanía tanto a nivel supra- como infra-estatal han socavado las capacidades estatales, lo que unido a los efectos perversos de la lógica neoliberal, ha deslegitimado a estas instituciones. Pero, dado que en política no existe el vacío, este espacio ha sido cubierto por dos tipos de identidades que se oponen al *statu quo*.

- Unas de ellas, se asientan en una lógica reactiva que traza trincheras para “garantizar” la “seguridad” de comunidades cerradas. Ejemplo de esta identidad reactiva serían los movimientos fundamentalistas religiosos, los movimientos xenófobos y los populismos de extrema derecha.
- No obstante, junto con estas identidades, tenemos otras que se asientan en el rechazo al *statu quo* pero a través de la articulación de alianzas entre diferentes; esto es, creando puentes. La identidad que eclosiona en la primavera árabe, la del 15 m, o la actual respuesta de las mujeres a las agresiones sexistas son ejemplos claros.

Llegados a este punto, debemos tener en cuenta que uno de los principios del comportamiento de todo ser vivo es alejarse de la incertidumbre. En nuestra especie, la identidad es un elemento articulador de seguridad que sitúa a la persona en un contexto comunitario que aporta protección. Como acabamos de ver, los siglos pasados posibilitaron la emergencia de poderosas identidades asentadas sobre una uniformidad económica (clase) y política (Estado o nación, incluso, en algunos casos, “el” barrio). Hoy, sin embargo, asistimos a una creciente difuminación de los contornos que ofrecían protección. Municipios antes industriales ven cómo sus buques insignia (La Naval, Arcelor) colapsan. La voracidad de los mercados, la rapidez de los efectos perniciosos de las crisis, la incapacidad institucional para defender a la ciudadanía de élites depredadoras,, está arrasando con la visión del Estado como protector del pueblo. En contextos como el vasco a los elementos anteriores se añaden procesos de uniformización cultural y lingüística que ponen en cuestión nuestras antaño poderosas bases comunitarias. Por si fuera poco, las redes sociales generan una falsa conciencia de comunidad articulada en una suma de individualidades desconectadas en la realidad. Asistimos a un sufrimiento subjetivo, el del aislamiento, que se añade a otros objetivos, derivados de las desigualdades, las injusticias, los abusos que el sistema genera para una inmensa mayoría de la población.

En este contexto de incertidumbre, las instituciones siguen jugando al cortoplacismo electoral, legitimándose con estrategias simbólicas de defensa de derechos que en la práctica no se dotan de recursos materiales para revertir las desigualdades. Los movimientos progresistas, por su parte, se enfrentan al *statu quo* desde lógicas orientadas a tender puentes entre realidades cada vez más fracturadas, menos vertebradas (Bernabé, 2018), en la medida en que los elementos antaño articuladores de las lógicas de clase han desaparecido. Desde esta

perspectiva, se entiende que la unión de realidades diversas solo pueda asentarse en mínimos comunes denominadores, integradores, llamativos, coloridos, pero poco movilizados.

En última instancia, ni las instituciones tradicionales ni los movimientos progresistas están siendo capaces de ofrecer certidumbre y seguridad. En este contexto, la tierra arrasada por el neoliberalismo se hace fértil para la emergencia de movimientos de extrema derecha que hacen el caldo gordo a los mercados (véase las propuestas de VOX respecto de la educación y sanidad privada o la política fiscal).

Llegados a este punto debe subrayarse que desde un punto de vista político, las identidades de legitimación (de las formaciones tradicionales) comparten una cultura política liberal desde su práctica de la *potestas* con las identidades de resistencia proactivas (que tienden puentes aunque rechazan el sistema) que representan la potencia de lo urbano. Y este sustrato democrático que une a la *potestas* liberal (que no neoliberal) y a la potencia movimentista es el sustrato que las enfrenta a las identidades reactivas, claramente contrarias a los principios de la igualdad, diversidad y pluralidad, pero también contrarias a los principios liberales que sostienen nuestros sistemas.

En definitiva, tanto las formaciones que se asientan en la identidad de legitimación (la mayoría de las que están presentes en nuestros municipios) como los nuevos movimientos sociales y civiles que apuestan por un cambio del sistema desde lógicas integradoras, comparten un suelo común de defensa de la democracia en el que la participación puede ser un espacio de diálogo, que sin negar el conflicto, ayude a crear sociedades más justas en lo social y asentadas en la libertad individual. Para ello, la clave es politizar dolores abordados de forma privada, en clave comunitaria. La autodefensa de la comunidad, así, asume una doble perspectiva: como forma de abordar las vulnerabilidades, de una parte; y como estrategia vertebradora, de otra.

3. LA CRISIS DE LOS CUIDADOS Y LA VULNERABILIDAD COMO COMUN DENOMINADOR

Ahora bien, cuando hablamos de cuidado es importante que consideremos no solo los cuidados analizados desde una perspectiva personal y asistencial, sino también **los cuidados desde una lógica colectiva y proactiva, entendida como cuidado comunitario**. En este sentido, entendemos el cuidado comunitario como una actualización de prácticas muy arraigadas, como el *auzolan* o la solidaridad vecinal.

Precisamente, la pérdida de fuerza de estas lógicas comunitarias, redundan en un acercamiento privado a los cuidados, que en el contexto que estamos analizando se hace más complejo, aumentando las lógicas de vulnerabilidad. Así, el cuidado queda a expensas de las posibilidades personales de cada cual (tener a disposición recursos materiales o redes familiares), además de los servicios institucionales y asistenciales (debilitados como consecuencia de los recortes).

Sin embargo, en nuestra perspectiva, el cuidado es un derecho y en consecuencia, debe garantizarse que todas las personas, más allá de sus recursos particulares, tengan garantías de un apoyo a sus necesidades. Ello requiere una defensa acérrima del estado de bienestar y los avances logrados durante décadas. Pero, en paralelo, requiere de la corresponsabilidad social. Una lógica comunitaria que ya existía, pero que hoy se ha debilitado y de la que en los municipios antaño industriales, sirve de caldo de cultivo para que se alimenten los cantos de sirena del populismo xenófobo.

En este sentido, si queremos recuperar el pulso de lo urbano como potencia democratizadora, proponemos detenernos en los resultados de una investigación realizada recientemente en un municipio gipuzkoano de histórica trayectoria industrial, que ha visto recientemente cómo su modelo de desarrollo entraba en declive. Se trata, en consecuencia, de un ejemplo representativo de muchas ciudades y municipios vascos, en los que la identidad antaño se articulaba sobre lógicas de clase y en las que ahora la incertidumbre vital se une a una creciente individualización de las relaciones sociales. En este contexto, la búsqueda del sentimiento de pertenencia, al carecer de mimbres para asentarse en las lógicas del pasado industrial, está comenzando a articularse a través de claves asociadas a un nosotros que se define en oposición al otro de otra cultura o raza. Sobre estas bases, en esta investigación se realiza un análisis de vulnerabilidades cruzadas a fin de visibilizar una lógica colectiva en la que, como se apunta en el informe final “toda la población está en el mismo barco”. El problema, se señala, es que además de las vulnerabilidades objetivas (por ejemplo la pérdida del empleo), se deben considerar las subjetivas (el miedo a perderlo). Además, incide el informe, las estrategias públicas se asientan en una concepción parcializada de las vulnerabilidades. Efectivamente, colectivos específicos se enfrentan a problemas específicos que deben ser abordados desde lógicas distributivas o de reconocimiento. Lo que sucede es que esta parcialización deja fuera a sectores y problemáticas que deben ser tratadas transversalmente, con lo que se alimenta una suerte de “guerra de pobres” que luchan y compiten por recursos escasos (en términos de ayudas cada vez más reducidas como consecuencia de los recortes). Ante este callejón sin salida, se propone un acercamiento a la vulnerabilidad en clave transversal, en la que además de visibilizarse la lógica inter-seccional, se puedan trabajar en estrategias participativas que vinculen a las instituciones y a la sociedad civil en una suerte de *auzolan* adaptado a las necesidades del siglo XXI.

3.1. Los dolores de la vulnerabilidad

Tras abordar la dimensión económica, de origen y cultura, esta investigación (Ahedo, 2018) presenta las diversas vulnerabilidades asociadas a otras variables como la edad, la identidad sexual, el género, la movilidad, la residencia (centro o periferia) y la dependencia. Así las cosas, el diagnóstico concluye presentando las diferentes formas en las que la vulnerabilidad se visibiliza. Se incide, en este sentido, que cada una de las expresiones de vulnerabilidad afectan especialmente a determinados colectivos, aunque en última instancia nos atraviesen a todos y todas.

La falta de expectativas (o la sensación de ausencia de expectativas de futuro) está presente en la mayor parte de las entrevistas como consecuencia del impacto que supone el cierre de la cabecera industrial de la comarca y la consecuente toma de conciencia del fin de un modelo de desarrollo industrial, sin que se tenga la certeza de que se está sustituyendo por otro modelo de desarrollo. Afecta a las personas que se encuentran en riesgo de perder el empleo o que ya lo han perdido, afecta a muchas personas mayores que se ven a las puertas de la dependencia, afecta a muchos y muchas inmigrantes que no son capaces de orientar su vida. Pero sobre todo, afecta a las **poblaciones jóvenes** en la medida en que les impide cumplir el mandato de su edad: ser autónomos y autónomas. La dificultad de acceso a la vivienda, la falta de empleo, la posibilidad de salir del municipio, la certeza de que los estudios pueden que no les garanticen alternativas, la asunción de que a pesar de su formación a lo sumo pueden aspirar a empleos no cualificados... se presenta como una losa que no solo les afecta a ellos y ellas, sino también a sus progenitores, impotentes ante la situación

La **frustración** de estas personas que ven que sus hijos quizá deban emigrar también está presente, de otras formas, en otros colectivos. Frustración se observa en parte de la juventud y

de los y las adolescentes, que pueden caer en el desánimo y el pasotismo. Frustrante es la vida de muchas mujeres que se dedican al cuidado, sobre todo aquellas que cuidan a nuestros hijos e hijas mientras tienen a los suyos a miles de kilómetros. Frustrante es la sensación que narran las mujeres musulmanas en las entrevistas, destacando cómo se critican sus expresiones religiosas mientras la sociedad naturaliza las de raíces cristianas. Frustrante es la situación de las mujeres, sometidas a discriminaciones laborales, de género, familiares, etc... Pero como en el caso anterior, hay un colectivo en el que se hace más evidente esta frustración en la investigación realizada: el de los hombres **blancos de entre 40 y 50 años en condiciones laborales inciertas**. Se trata este de un colectivo que siempre ha sido el hegemónico, el referente, sobre todo en sociedades atravesadas por el trabajo fabril. Las duras condiciones laborales se dulcificaban con el bienestar que aportaban unos ingresos regulares y seguros... que ahora han desaparecido o se han puesto en cuestión. Es comprensible, en este sentido, que esta frustración por haber perdido el bienestar y el estatus asociado al empleo, se acompañe del uso de antidepressivos; o que esté detrás de problemáticas familiares nuevas, en las que todos sus miembros salen perjudicados. En este sentido, se hace evidente que esta frustración se concreta en una clara **falta de autoestima** que debe ser trabajada comunitaria e institucionalmente.

Aunque la **soledad** es un problema presente o potencialmente presente en todas las personas, afecta de forma más evidente a algunas cuyos cruces las hacen más vulnerables. Este es el caso, por ejemplo, de los y las emigrantes que carecen de redes familiares. También es el caso de personas con problemas cognitivos o de movilidad que tienen dificultades para relacionarse con su grupo de iguales. La soledad, igualmente está presente en el relato de las personas cuidadoras, que si no están organizadas pueden verse aisladas de otras redes sociales al focalizar toda la atención en sus familiares dependientes. Pero si en un colectivo se hace más evidente esta problemática, es en el caso de las **personas mayores (especialmente mujeres) que viven solas**. Si además carecen de recursos y/o viven en zonas periféricas o con viviendas sin ascensor, la problemática se acrecienta de forma evidente.

El **prejuicio** es otro problema que recae en ciertos colectivos. Existe prejuicio respecto de los y las jóvenes, cuando se sobredimensiona su falta de compromiso. Hay prejuicios obvios hacia colectivos como las personas con movilidad reducida o las personas con enfermedades mentales, lo que explica que estas problemáticas se oculten. Pero los colectivos más afectados por los prejuicios son los y las **inmigrantes**, siendo las ayudas el santo grial sobre el que se legitiman argumentos que no hacen justicia a la realidad que vive este colectivo, sobre todo en un municipio que se creó desde la diversidad. Un prejuicio que se convierte en **estigma** cuando al origen se añade otra **cultura u otra religión**.

La **desigualdad** afecta, también, a todos los colectivos. Hemos visto cómo en Zumarraga hay importantes bolsas de pobreza que pasan desapercibidas, pero que existen. Hemos visto que las personas con movilidad reducida no tiene los mismos derechos a la movilidad que otras personas. Hemos visto cómo la vulnerabilidad aumenta cuando se traba con el origen cualquier otra variable. Pero el colectivo más afectado por la desigualdad, como no podía ser de otra forma, es el de las **mujeres** (especialmente algunas mujeres) para quienes siguen existiendo barreras reales, pero sobre todo simbólicas, que sitúan a éstas en un espacio subordinado respecto de los hombres.

La **minusvalorización** está atravesando a todos los sectores. Algunos nativos se sienten minusvalorados por unas instituciones que en un contexto de recursos escasos siguen otorgando ayudas “a los de fuera”. “Los de fuera” se sienten minusvalorados por los y las nativas porque se les asocia con el abuso y el aprovechamiento de las ayudas, cuando ellos y ellas solo aspiran a una vida digna. Los y las jóvenes se sienten infravalorados por unos

adultos que no se preocupan de sus necesidades de ocio y que han creado una sociedad que les condena a un futuro incierto. Las mujeres se sienten minusvaloradas por un sistema patriarcal que les otorga menos valor que a los hombres y lo masculino. Pero si hay un colectivo sobre el que el problema de la minusvaloración cae con más peso es el de las **personas dependientes o con diversidad funcional y cognitiva**. Personas, como se refleja en la investigación, a las que se cuestiona hasta el acceso a la sexualidad o la maternidad.

3.2. Las vacunas a la vulnerabilidad

Falta de expectativas, frustración, soledad, desigualdad, prejuicio, estigma, minusvaloración son los síntomas de la enfermedad que estamos tratando de diagnosticar. Una enfermedad, la vulnerabilidad, que se acrecienta en el contexto de crisis de los cuidados que hemos identificado en un municipio gipuzkoano que bien podría servir de marco desde el que interpretar la angustia que se vive hoy en día en muchas de nuestras ciudades y municipios. Una enfermedad para la que hay vacunas: reactivar los cuidados, ahora en crisis; la vertebración, ahora cuestionada; la igualdad, crecientemente impugnada.

La **crisis de los cuidados** se hace evidente en todas las edades, de forma que se puede decir que atraviesa a toda la población. Los y las niñas cada vez pasan menos tiempo con unos progenitores que o están empleados o están sobreviviendo; las personas jóvenes necesitan cuidado y seguridad para sentirse partícipes de una sociedad que está convirtiendo al grupo que había sido la referencia del futuro, en la expresión de un fracaso social; las personas adultas necesitan del cuidado y la autoestima ahora que sus vidas antaño estables, se ponen en riesgo; las personas mayores necesitan del cuidado familiar para hacer frente con dignidad la última etapa de su vida. Cualquiera que sea la edad, si se cruza con otro origen, con el género femenino o con la diversidad funcional, la vulnerabilidad aumenta, y en consecuencia la necesidad del cuidado se hace más obvia. Finalmente ¿quién cuida a las personas que hacen del cuidado su vida, por razones afectivas o económicas?

La **vertebración** se pone en cuestión como consecuencia de las dinámicas crecientemente individualistas, de una parte. Pero también como consecuencia de cambios simbólicos, de otra parte. En este sentido, en lo urbano, el mundo fabril, la fábrica, vertebraba lo que otros ejes antes dividían. Este mundo fabril estaba cargado de conceptos y elementos vertebradores: el compromiso, el compañerismo, la fraternidad. Además, esta lógica comunitaria se alimentaba de la necesidad de dar respuestas inmediatas ante la ausencia de las instituciones. Ahora, al contrario, tenemos potentes instituciones, lo que ha provocado una lógica de relación más individualizada (mis ayudas, mis permisos) frente a las lógicas anteriores, colectivas, ligadas a la vertebración (y el cuidado) comunitario. Así las cosas, el activismo era potente, estable y con capacidad de impacto. Ahora, a la lógica más individualista se añade una forma más clientelar (en términos de relación como cliente y no como ciudadano/a) para con las instituciones. Si a ambos elementos se añade la desaparición de las cabeceras industriales, las fábricas, como símbolo vertebrador de la comunidad, lo que queda es una sensación de cierto vacío, de falta de “cosido” comunitario.

Finalmente, la **igualdad** se está poniendo en cuestión como consecuencia de las estrategias neoliberales que están condenando a la pobreza, a la exclusión y a la incertidumbre a amplísimas capas de la población en las ciudades. Si a esta realidad se añade la competencia por recursos escasos, emerge una lógica de sospecha hacia otros orígenes, culturas o religiones a los que no se trata en igualdad de condiciones. De la misma forma, las estrategias institucionales de igualdad no se ven acompañadas de lógicas comunitarias en la misma

línea. Más al contrario, la vertebración se hace desde el “nosotros/as” frente a los y las “otras”, sirviendo de abono para comportamientos injustos.

3.3. La herramienta participativa

Las tres vacunas contra la vulnerabilidad, como acabamos de ver, están en crisis. Pero la toma de conciencia de esta crisis puede ser una oportunidad para cambiar la realidad. En este sentido, conviene hacerse una pregunta: ¿en quién debe recaer la responsabilidad de reconducción estas crisis?

Desde nuestra perspectiva, la respuesta es clara: en toda la comunidad, incluyendo no solo a las instituciones, sino también y sobre todo a las redes ciudadanas, sean formales (asociaciones) o sean informales. En este sentido, creemos que las lógicas participativas en clave de desarrollo comunitario pueden ayudar a que las ciudades hagan frente a estas vulnerabilidades con una lógica integral y no parcial.

Y esta lógica integral supone trascender el esquema tradicional de políticas públicas, en una doble perspectiva: a) la de la responsabilidad, que se plantea compartida entre la ciudadanía y las instituciones, y b) la del contenido, que se propone debe superar la lógica sectorial actual de las políticas públicas.

Respecto del primero de los elementos, se apuesta por un acercamiento a la necesidad en el que la comunidad está en el centro, cuidando, reconociendo, dando seguridad. Por eso, el **fortalecimiento de la comunidad** es una clave fundamental para garantizar justicia social. Si se rompen las redes comunitarias, solo quedan individuos aislados. Nadie se cuida. Nadie se reconoce. Nadie se da apoyo. En consecuencia, la lógica participativa debe estar orientada a reactivar las redes ciudadanas para que asuman un protagonismo compartido con las instituciones, asumiendo una lógica de sujeto y no de cliente.

En paralelo, junto a este acercamiento en el que la comunidad está en el centro (cuidando, reconocimiento, dando seguridad), existe otro **acercamiento institucional** a las “necesidades” que se concreta en políticas públicas y ayudas sociales.

- En este caso, a diferencia de lo que sucede con la comunidad, la lógica es una lógica de suma cero (los recursos están tasados y son limitados), sobre todo en un contexto de recortes en el sistema de protección social.
- Igualmente, la propia articulación de las instituciones en forma de políticas transversales, lo que hace es parcializar la realidad ante la ciudadanía.

Así, de una parte, se constata que los recursos son insuficientes en un contexto de urgencia. Y por otra, se constata que los recursos se parcializan en sectores (jóvenes, mujeres, inmigrantes). Aún más, otro tipo de recursos se invisibilizan, no se consideran (como por ejemplo dedicar varias horas de la policía municipal a facilitar el acceso de los hijos e hijas a los centros educativos). Todo ello genera una sensación según la cual una “mayoría” queda al margen de los recursos que “fagocita” una “minoría”, que además es “de fuera”. Se trata, en consecuencia, de un proceso complejo, no voluntario, para nada ideológico, pero que acaba deslizándose por una pendiente que comienza aceptando la diversidad, para acabar centrando mucha (demasiada a nuestro juicio) atención a lo que consideramos una especie de “guerra de pobres” que compiten por recursos escasos.

Por eso, es clave la puesta en marcha de estrategias participativas en clave de desarrollo comunitario, definiendo un quién que pasa por la colaboración entre la ciudadanía y la institución y un cómo asentado en políticas transversales que deben acompañar a las

específicas Estamos hablando, claro está, de la necesidad de **organizar la participación** a través de **estructuras estables y sostenidas** que permitan articular redes, abrirse al máximo a los discursos y posiciones, pero también llegar a acuerdos para cerrar programaciones, etc.; todo ello desde una lógica según la cual la clave es movilizar a “*muchas personas en poco y no pocas personas en mucho*”.

4. CONCLUSIONES: UNA PROPUESTA PARA AVANZAR, EL CUIDADO COMUNITARIO

Así las cosas, la investigación (Ahedo, 2018) se cierra con una propuesta operativa que permita trabajar de forma transversal los síntomas detectados (falta de expectativas, frustración, soledad, desigualdad, prejuicio, estigma, minusvalorización), haciendo frente, a su vez, a las tres crisis que sustentan las vulnerabilidades que hemos desgranado en este informe.

Se trata de una propuesta que plantea un horizonte ambicioso, pero que lo hace desde una lógica gradual que permita la paulatina reactivación de la comunidad a través de lógicas participativas organizadas desde la perspectiva del proceso (estabilidad en el tiempo), lo integral (partiendo de dolores particulares), lo efectivo (concretándose en propuestas específicas), la lógica del sujeto (implicando a la ciudadanía en un trabajo corresponsable en clave comunitaria).

El horizonte vendría definido por una dinámica participativa triple, conformada por 3 estructuras estables (que vinculen al tejido asociativo, al cuerpo político y técnico y a personas relevantes), encargadas de la definición y ejecución de propuestas que den respuesta a las tres crisis mencionadas:

Vertebración: Una estructura participativa encargada de la puesta en marcha de estrategias que hagan visible la vertebración municipal desde varias perspectivas, por ejemplo:

- Territorial, asentada en la visibilización del espacio y los servicios como una realidad integrada, dando respuesta a las necesidades de los barrios y cosiendo la trama urbana en las ciudades.
- Simbólica, asentada en la identificación de elementos vertebradores a escala local que cubran el vacío dejado por la crisis del modelo industrial previo.
- Urbana, asentada en la facilitación de la movilidad en la trama urbana
- Generacional, poniendo en contacto intereses comunes entre las diferentes generaciones

Un ejemplo de acciones que podrían responder a estas expectativas serían “los caminos amigos”, en los que la ciudadanía se responsabilizara, por ejemplo, de crear espacios de protección para la infancia, las personas mayores, las personas con movilidad reducida y las mujeres (especialmente en zonas con puntos negros)

Igualación: Una estructura participativa encargada de la puesta en marcha de políticas centradas en la igualdad (ordenando las ya existentes), planteado desde diversas perspectivas, por ejemplo:

- Estrategias comunitarias de apoyo mutuo entre la ciudadanía
- Estrategias orientadas a la superación de discriminaciones, prejuicios, rumores etc. a través del contacto y la cercanía
- Estrategias institucionales de igualación a nivel sectorial

Un ejemplo de acción que podría responder a esta lógica serían los bancos del tiempo, que posibilita un trueque entre diferentes personas que se ofrecen a prestar servicios comunitarios

Cuidados comunitarios: La puesta en marcha de ambas estructuras requiere de un gran esfuerzo político y técnico, de forma que se plantean como horizontes de trabajo a medio-largo plazo. No obstante, existe un tercer eje de trabajo para el cual se observa que existen condiciones materiales y humanas que permitan explorar esta lógica participativa como paso previo a embarcarse en acciones más ambiciosas. Como hemos visto, uno de los antídotos principales contra la falta de expectativas, la frustración, la soledad, la desigualdad, el prejuicio, o la minusvalorización es el cuidado. O visto de otra forma, la crisis de los cuidados aumenta los síntomas de la vulnerabilidad. Por eso, y porque en torno al **cuidado comunitario** existe una gran cantidad de instituciones en el territorio (Hospitales, escuelas, etc...) y de personas dotadas de un gran capital en la materia, la investigación finaliza señalando que existen condiciones para articular una estructura participativa cuya función a corto plazo sería posibilitar que la comunidad, entendida en sentido amplio, se hiciera corresponsable en el cuidado de los sectores más vulnerables.

5. BIBLIOGRAFIA

- Ahedo, Igor (2018): Diagnóstico sobre vulnerabilidad y diversidad en Zumarraga, Ayuntamiento de Zumarraga, Zumarraga.
- Augé, Marc (2000): *Los "no lugares", espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad*, Gedisa, Barceloba
- Blanco Ismael y Gomá Ricard (2002): "Proximidad y participación: marco conceptual y presentación de experiencias" en Blanco Ismael y Gomá Ricard (coords.), *Gobiernos locales y redes participativas*, Barcelona: Ariel.
- Borja, Jordi (1975): *Movimientos sociales urbanos*, SIAP-Planteos, Buenos Aires
- Borja, Jordi y Muxí, Zoida (2003): *El espacio público: ciudad y ciudadanía*, Diputació de Barcelona, Barcelona
- Brugué, Quim y Gomá Ricard. (1998): "Gobierno local: de la nacionalización al localismo y de la gerencialización a la repolitización" en Brugué Quim y Gomá Ricard (coords.) *Gobiernos locales y políticas públicas*, Ariel, Barcelona.
- Castells, Manuel (1986): *La Ciudad y las masas: Sociología de los movimientos sociales urbanos*, Alianza, Madrid
- Castells, Manuel (1997): *Movimientos sociales urbanos*, Siglo XIX: Mexico
- Delgado, Manuel (1999): *El animal público: Hacia una antropología de los espacios urbanos*, Anagrama, Barcelona
- Delgado, Manuel (2011): *El espacio público como ideología*, Libros de la Catarata, Madrid.
- González, Q. P. (Marzo 31, 2017). Las Nuevas ciudades excluyentes de la globalización: identidad y paisaje urbano en metrópolis expandidas. *Espacios*, 1, 2, 119
- Lekue, Iago (2018): *Estudio sobre la calidad del espacio público en Bilbao. Análisis de tendencias a nivel global*, Trabajo de Fin de Master, Master en participación y desarrollo comunitario, Leioa.
- Sassen, Saskia (2005). *Contra geografías de la globalización: Género y ciudadanía en los círculos transfronterizos*, Traficantes de Sueños, Madrid.

- Subirats Joan (2001): “Nuevos mecanismos participativos y democracia: promesas y amenazas” en Font, Joan (coord.), *Ciudadanos y decisiones públicas*, Ariel, Barcelobna.
- Subirats, Joan (2016): *El poder de lo próximo. Las virtudes del municipalismo*, Catarata., Madrid
- Telleria, Imanol (2012): *Los movimientos urbanos como impulsores de la gestión democrática en la ciudad. Análisis comparativo de experiencias de gobernanza urbana en Barcelona, Bilbao y Pamplona*. (Tesis doctoral). Universidad del País Vasco/ Euskal Herriko Unibertsitatea. Leioa
- Telleria, Imanol y Ahedo. Igor (2016): “Movimientos urbanos y democratización en la ciudad: una propuesta de análisis Urban movements and democratization in the city: a proposal for analysis”, en *Revista Española de Ciencia Política.*, 40, marzo, 91-115.
- Ureta, Miriam (2017): “Tendencias hacia la profundización democrática: el caso de las plataformas vecinales independientes que gobiernan Bizkaia”, Ponencia presentada al *XIII Congreso de la AECPA*, Santiago de Compostela.